

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL PORVENIR DEL PSICOANÁLISIS CON MOTIVO DE LA PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS COMPLETAS DE LUIS CHIOZZA.

Por Gustavo Chiozza.

Cuando fui invitado a hablar en esta presentación, mi padre me sugirió que, por ser yo el más joven de los oradores, quizás podría hablar sobre las perspectivas futuras de la obra; qué pensaba yo sobre lo que el porvenir depararía a estos escritos. ¿Despertarán un interés creciente? ¿Perdurarán a través del tiempo? Al aceptar la propuesta no pensé que me encontraría con un tema tan difícil y sobre todo tan álgido; hablar de qué deparará el destino a las cosas que más queremos y valoramos.

A menos que uno se limite a formular meras expresiones de deseo, hablar sobre el futuro suele comportar el riesgo de caer en predicciones aventuradas. De modo que para evitar ese riesgo y poder hacer una conjetura razonable acerca del porvenir, es preciso hacer un análisis del presente; abrir los ojos y ver dónde estamos parados hoy.

Si nos detenemos en el presente del psicoanálisis, debemos decir que no es todo lo bueno que quisiéramos. El interés por el psicoanálisis es hoy bastante menor al de otras épocas. La opinión pública lo considera como el miembro más antiguo de una familia numerosa y variopinta a la que denomina "mundo psi". Como si se tratara de un padre prolífico, pero ya anciano, que hubiera desparramado por el mundo numerosos y muy diversos vástagos. En efecto, hoy el psicoanálisis se ofrece dividido en un sinnúmero de orientaciones, tendencias y escuelas diversas, a veces con el mismo nombre y otras con nombres nuevos. Esta situación provoca un desconcierto general, de modo que, si alguien dice ser psicoanalista, no sabemos bien a qué atenernos. Es difícil dar por sentado qué piensa o cómo trabaja.

Si bien la antigüedad del psicoanálisis puede comportar cierto prestigio, en nuestros días como nunca antes, lo moderno es visto por el consenso con mejores ojos que lo antiguo; en los tiempos que corren –donde lo que más nos corre es el tiempo–, lo breve parece ser bueno, principalmente por ser breve. No es de extrañar, entonces, que cualquier terapia de reciente aparición, sobre todo si es breve, resulte más atractiva que la propuesta de un tratamiento psicoanalítico clásico y prolongado.

En este apuro de la vida moderna, al hombre de hoy le suele importar más el destino que el viaje; lo importante parece ser llegar; como sea; y cuanto antes, mejor. En otras palabras, todo se centra en obtener resultados, y estos deben ser concretos y tangibles. Contante y sonante, como el dinero, porque al hombre de hoy le cuesta creer en lo que no se puede ver o tocar.

El vertiginoso desarrollo tecnológico de las últimas décadas nos ha hecho sentir soberanos indiscutidos de la materia y el espacio. Como han señalado muchos, el Dios todopoderoso que otrora ligaba a los hombres en las religiones, en nuestros días ha reencarnado en las ciencias positivistas. El hombre actual es un fiel devoto de esta nueva religión; cree en la ciencia y en su inmenso poder; y cree más aún, en su ilimitado poder futuro. "Algún día –se suele pensar–, la ciencia todo lo sabrá y todo lo podrá". De modo que la única verdad –la verdad revelada–, es lo que está científicamente comprobado.

Y aquí el psicoanálisis encuentra otro obstáculo: el método de comprobación científica ha sido especialmente diseñado para las ciencias positivistas, aquellas que, a diferencia del psicoanálisis, tratan con cosas materiales. De modo que una parte importante del mundo intelectual de nuestros días desconfía del valor científico del psicoanálisis. "No creo en el psicoanálisis" es para muchos un argumento suficiente.

Periódicamente, aparece algún artículo publicado en los diarios de mayor tirada presagiando que el psicoanálisis tiene los días contados; que pronto la farmacología estará en condiciones de reemplazar en su totalidad las inútiles terapias prolongadas de dudoso rigor científico.

Obviamente, se me dirá, esta desalentadora pintura del presente deja afuera muchas otras cosas. No todos piensan así; como prueba, basta el mismo hecho de que estemos hoy aquí para celebrar la publicación de las Obras Completas de Luis Chiozza. Pero sin desconocer la importancia de este hecho, sigue en pie la pregunta de si nosotros podremos y cómo, operar un cambio en el consenso predominante. Permítanme continuar para que pueda contarles en qué cifra yo mis esperanzas.

Para poder conjeturar la posición futura de un determinado objeto no basta con ver dónde se encuentra en el presente, ya que su posición futura también está determinada por su trayectoria. El futuro no sólo está determinado por el presente sino también por el pasado.

De modo que amplíemos la perspectiva e incluyamos en nuestra consideración al pasado del psicoanálisis. Vemos que el psicoanálisis nunca ha sido fácil de aceptar por el consenso y, no obstante las durísimas críticas que recibió en sus comienzos, el valor de las verdades que Freud tenía para decir, logró despertar genuino entusiasmo. El entusiasmo de unos pocos, al principio, y después, el de muchos más. Un entusiasmo tan grande que, justamente, fue capaz de engendrar ese inmenso "mundo psi" del que hablábamos.

Es cierto que aquellas primeras críticas eran distintas a las críticas actuales. En los albores del psicoanálisis, el mundo intelectual criticaba el concepto de inconciente mientras que el consenso de la época, por razones afectivas, dirigía sus críticas

hacia los descubrimientos en materia sexual. Sin embargo, el psicoanálisis no sólo pudo sobrevivir y crecer a pesar de tan duras críticas, sino que también logró cambiar radicalmente la manera de pensar de ese consenso. Hoy en día, términos como "inconciente" o "reprimido" forman parte del lenguaje cotidiano, aún en aquellos que más critican a Freud. La idea que hoy impera acerca de la vida sexual de las personas es muy distinta a la que imperaba en tiempos de Freud. Nadie puede negar que, en la manera de pensar del hombre medio actual, las ideas de Freud han influido mucho más que, por ejemplo, las de Einstein.

Reflexionemos un instante sobre esta cuestión. De la experiencia pasada extraemos la conclusión de que el psicoanálisis operó como un agente de cambio cultural –terapéutico, si se quiere–, justamente en el mismo punto en el que esa cultura rechazaba al psicoanálisis. En otras palabras, podemos decir que aquella cultura, urgida de la necesidad de implementar un cambio, por ejemplo, en su actitud hacia la vida sexual, rechazaba del psicoanálisis justamente lo mismo que estaba necesitando cambiar.

Los psicoanalistas aquí presentes seguramente no se sorprenderán de este hecho; al contrario, pensarán: "no podía ser de otra manera". El psicoanálisis nos ha enseñado que las mayores resistencias se ponen en movimiento, justamente, frente a lo que más necesitamos cambiar; es lo que nosotros llamamos "punto de urgencia".

Es aquí donde quería llegar. Los argumentos con los que el consenso condena al psicoanálisis, su falta de rigor científico, su inútil duración, su falta de resultados tangibles, su pronta sustitución por la farmacología, ¿son argumentos genuinos o acaso revelan un punto de urgencia de nuestra cultura actual?

La respuesta que demos a esta pregunta me parece de crucial importancia. Porque si concluimos que, a través de su rechazo, nuestra cultura está expresando la necesidad de un cambio, ya no se trata de tener esperanzas en el porvenir sino de algo mucho más importante aún. Se trata de tomar conciencia de que, como psicoanalistas, somos necesarios; de que estamos frente al gran desafío de operar un cambio cultural necesario en nuestra sociedad. Un cambio semejante al que el nacimiento del psicoanálisis supo producir.

Ahora que sabemos cuánto está en juego, tratemos de dar la mejor respuesta que podamos a la pregunta central, dentro de los límites de esta breve presentación.

Con respecto al valor científico, muchos de los que creen en el psicoanálisis abrigan esperanzas de que el reciente auge de las neurociencias pueda "probar científicamente" las verdades del psicoanálisis. Otros, en cambio, creen que recién ahora la exploración del alma humana podrá tener carácter científico. El punto, a mi entender, radica en qué se entiende por científico.

En lo personal no tengo reparos en atenerme a lo que se suele definir como "método científico" y reservar para esa designación sólo aquello que se puede ver y tocar; pesar y medir; aquello que se puede explicar en términos de causas y efectos siguiendo modelos físicos y mecánicos. Pero entonces tenemos que aceptar que no todo lo verdadero coincide con lo científico. Como sostiene Bateson en una lograda metáfora, la carta que no llegó no posee en sí misma ninguna energía cinética, y sin embargo puede poner en marcha, por ejemplo, una guerra nuclear. Esto no es científico y sin embargo es. No se puede explicar en términos físicos o mecánicos, y sin embargo es muy fácil de comprender.

Si dejamos fuera de toda consideración aquello que la ciencia no puede ver ni tocar, ni pesar, ni medir, ni explicar, dejamos afuera lo más importante. Porque, como sostiene Chiozza, las importancias no pertenecen al mundo de las cosas sino al mundo de los afectos. Lo que nos importa es lo que sentimos y los sentimientos, justamente, se sienten. No se pueden medir objetiva o científicamente.

"Sí se pueden medir científicamente –argumentarán algunos–; lo que los psicoanalistas llaman amor no es más que una serie de pequeños cambios neuroquímicos en determinadas áreas del cerebro. En un futuro la ciencia estará en condiciones de producir o cancelar farmacológicamente un estado de enamoramiento". Pero la ciencia que explora el cerebro nunca podrá explicar lo más importante: por qué nos enamoramos, justamente, de la persona que nos hace sufrir, en lugar de enamorarnos de cualquier otra, más accesible y conveniente.

En nuestros días cualquier panelista de televisión podría dar, inmediatamente, una respuesta a eso que definitivamente escapa al poder científico. Esa respuesta, que seguramente hablaría de motivos inconcientes y quizás de complejo de Edipo, se la debemos al notable alcance del trabajo de Freud.

Imagino que los detractores del psicoanálisis en este punto dirían: "de qué sirve saber la respuesta si no podemos cambiar lo que sentimos". Esto nos lleva al segundo punto. Es cierto que cambiar lo que sentimos, si bien no es imposible, nunca es fácil; lo que sentimos está consustanciado con nuestra manera de ser y cambiar nuestra manera de ser implica una tarea ardua, profunda y prolongada. Los resultados de esa tarea, mayores o menores, son siempre de gran importancia, pero nunca tangibles en el sentido literal que reclama el método científico.

Al comienzo mencionábamos al vertiginoso desarrollo tecnológico de las últimas décadas que ha fascinado a la humanidad; la tecnología que nos hizo dueños de la materia y el espacio nos lleva también a desconfiar del espíritu y a temer al tiempo. Los cambios espirituales nunca pueden darse con semejante vértigo; necesitan tiempo. Comprarse un auto es más rápido que aprender a manejar, y esta misma destreza se logra incluso más rápido que lo que requiere adquirir la

prudencia necesaria. No por ser más lentos los cambios espirituales deben ser despreciados; y mucho menos confundidos y tratados como cosas materiales.

Creo que nuestra sociedad actual comete un serio error, de gráficas consecuencias, cuando pretende tratar las cosas del espíritu con los parámetros y métodos con los que se opera la materia. La cultura de nuestros días suele tratar los asuntos espirituales de manera superficial; y la mayoría de las veces, sólo atiende a las apariencias. Por ejemplo, a los fines prácticos, parecer honesto suele resultar suficiente; pero no todo lo que importa termina en los fines prácticos. Si, como dijimos, la importancia se concede sólo a lo que se ve y lo que se toca, no debería extrañarnos que se busque resolver, por ejemplo, las dificultades para formar pareja, recurriendo a la cirugía plástica. Necesitamos comprender que ciertas cosas, como la maduración de un sujeto, siempre estarán fuera del alcance de la tecnología.

Pero justamente este vertiginoso desarrollo tecnológico hace que sea más urgente que nunca la necesidad de un mayor desarrollo espiritual de la sociedad moderna. Como sostiene Chiozza, los mismos afectos de celos y rivalidad que en el medioevo llevaban a empuñar la espada, hoy encuentran al alcance de la mano armas de destrucción masiva. El hombre de hoy tiene serios problemas que enfrentar; la contaminación o el calentamiento global son algunos ejemplos. Pero también posee recursos que sus antepasados no se hubieran atrevido a soñar; la clonación, la ingeniería genética, los alimentos transgénicos, las células madres, los trasplantes, el mapeo cerebral, la informática, por mencionar sólo algunos. Estas herramientas están allí al alcance de la mano. La pregunta es si la mano que las empuñará estará guiada por un espíritu sabio o por uno necio; por un espíritu fuerte o por uno débil; por uno magnánimo o por uno pusilánime; por uno sano o por uno enfermo.

Yo estoy convencido que el psicoanálisis puede hacer una diferencia porque, como vimos, ya lo ha hecho una vez. Es responsabilidad de nosotros, los psicoanalistas, intentar transformar en un hecho esa potencialidad del psicoanálisis. Creo también que la Obra de Chiozza es una valiosa y poderosa herramienta para operar sobre el cambio espiritual que urge en nuestros días. Créanme; la conozco bien.

Puedo ser el más joven de los oradores, pero ya peino canas y me he ganado estos anteojos. Esta obra y yo somos casi coetáneos, y si bien no puedo decir, como otros presentes, que vi nacer estas ideas, sí puedo decir que me crié con ellas y en ellas. Estas reflexiones que hoy hice, a mi cuenta y cargo, no me hubieran sido posibles de no haberme nutrido en las ideas de mi padre. Si alguno de los temas que esboqué en esta breve presentación les resultó interesante, en sus obras podrán satisfacer ese interés, ya que todos estos temas se encuentran tratados allí con una profundidad que estas breves palabras no aspiran igualar.

Además de agradecer esta invitación en este día tan feliz para mí, sólo me queda responder a la pregunta con la que inicié esta presentación: En mi opinión, el porvenir de esta Obra está en nuestras manos.

Muchas gracias.